

II

NUEVOS AMORES

I

EL ERMITAÑO DEL JARDIN DE ACLIMATACIÓN

Yo no sabía leer, llevaba los pantalones abiertos, lloraba cuando mi niñera me sonaba, y ya me sentía devorado por el amor de la gloria. Esta es la verdad: desde mis más tiernos años alimentaba el deseo de ilustrarme sin pérdida de tiempo y de sobrevivir en la memoria de los hombres. Buscaba los medios al colocar mis soldados de plomo sobre la mesa del comedor. Si hubiese podido hubiera ido á conquistarme la inmortalidad en los campos de batalla y sería semejante á alguno de aquellos generales que agitaba entre mis manitas y á quien concedía la gloria de las armas sobre un tapete de hule.

Pero no dependía de mí tener un caballo, un uniforme, un regimiento y enemigos, cosas esenciales todas para la gloria militar. Por eso me decidí á ser un santo. Esto exige menos accesorios y